

El contenido psicológico y el fundamento ético de la retórica

José Antonio Hernández Guerrero
Universidad de Cádiz

Antonio López Eire, un Catedrático de Universidad dotado de una aguda penetración crítica y de una sorprendente sensibilidad didáctica, ha sido -es- un maestro ejemplar que ha creado una escuela con perfiles y con fisonomía propios. Elocuente orador, que rodeaba sus discursos, sólidos y bien contruidos, de un brillante halo de sabiduría, era un eminente intelectual en el sentido más hondo y más amplio de este término y, sobre todo, era un hombre cabal que, con arrolladora simpatía, se comprometió con el rigor, con la calidad y con la independencia.

Su figura diáfana constituye una prueba irrefutable de la posibilidad de hacer convergentes los diversos cauces que hemos de recorrer para interpretar, valorar, aprovechar y disfrutar de los textos que nos orientan en la vida y que nos estimulan para que seamos más humanos. Poseía una sorprendente capacidad para mirar los episodios y para penetrar en sus entrañas más íntimas, para descifrar sus misterios y para extraer sus sustancias vitales. La lectura rigurosa y entusiasta de los textos y de la vida -afirmaba- es la ventana que nos abre la posibilidad de fijarnos, de apreciar y de participar en los aspectos más positivos de nuestra corta existencia. No se trata -me explicaba- de confundir la admiración con la ingenuidad del que todo le parece bien, sino de contemplar con atención y con interés -con buenos ojos- las gentes con las que convivimos y los episodios que, unidos o reunidos, protagonizamos: Si nos fijamos un poco más en los aspectos positivos de cada persona, tendremos oportunidad de admirarnos, y con ellas, pasarlo nosotros mejor.

Con esa mirada limpia el profesor López Eire nos devolvía, además de su admiración, su extrañeza y su asombro originales ante nuestras propias creencias y, en consecuencia, nos permitía pensarlas de nuevo. Su pasión desbordada por el conocimiento científico, su interés desmedido por la información histórica, su avidez irreprimible por la lectura, su incansable afán por los análisis críticos, sus insaciable ganas por disfrutar de todas las artes, nos demostraban que las ciencias y las letras, el arte y la técnica, la contemplación y la acción, la seriedad y la alegría, el trabajo y el

recreo, la vida buena y la buena vida integran unas dimensiones compatibles entre sí o, quizás, dos caras de la única existencia humana.

Huyendo de todo esquematismo didáctico, Antonio López Eire concibió la enseñanza como un ejercicio espiritual y como un lugar de la comprensión, como un espacio de diálogo y como un cauce de comunicación. Para él -filólogo y filósofo-, más que transmisión de informaciones, la docencia era una manera de contagiar a los destinatarios su amor a la palabra. Por eso insistía una y otra vez en que la verdadera comunicación nos impide que nos evadamos del interlocutor y nos exige que creamos estrechos vínculos con él. Ésta es una de las claves que explican la cordialidad y la delicadeza con la que trataba a sus discípulos y a sus colegas, y la amistad que le unía con Platón y con Aristóteles.

Antonio López Eire, aplicando siempre criterios contrastados, nos estimuló de manera permanente al diálogo y nos suscitó el interés por los valores científicos, ciudadanos, estéticos y éticos más nobles. Estos rasgos fundamentales de su carácter personal y de su trayectoria profesional representan, a nuestro juicio, su aportación más valiosa a la Filología Clásica, y constituyen un desafío permanente y un acicate estimulante para todos los que hemos aprendido de él a tratar las cuestiones más actuales de la Retórica y de la Poética. Con su labor paradigmática nos ha marcado unas directrices que nos sirven para trazar puentes entre disciplinas afines y entre visiones plurales dentro de la historia de nuestro dilatado ámbito investigador.

A lo largo de su trayectoria académica este elegante catedrático universitario ha sabido combinar la acción científica, la labor pedagógica y el trabajo literario apoyados en unas convicciones profundas que hunden sus raíces en los principios sólidos de nuestra tradición humanista occidental y ha alentado una concepción de la vida humana inspirada en los valores clásicos de nuestra cultura. Siempre estuvo dispuesto a someter a discusión seria, comprometida y cordial las sucesivas maneras de ver, de articular, de analizar, de interpretar y de valorar las diversas teorías que se han sucedido en la historia de la Poética y de la Retórica.

Nos sentimos en el deber de reconocer que fue él quien, con su preocupación permanente por la supervivencia de valores filológicos y estéticos acreditados, nos orientó y nos estimuló para que colaboráramos en el enriquecimiento de los lenguajes humanos y de las obras literarias con las cualidades adecuadas a su dignidad, y, de manera más concreta, para que nos decidiéramos a abordar los temas que relacionan la Retórica y la Poética con las cuestiones más palpitantes de las ciencias humanas en

especial con la Psicología y con la Ética. Sus análisis de textos nos abrieron unos caminos metodológicos espaciosos por los que, posteriormente, nosotros hemos transitado cómodamente hasta tal punto que hoy no es posible elaborar un trabajo serio de Retórica y de Poética sin hacer referencia explícita a su abundante y rigurosa producción científica.

Pero es que, además, toda su labor docente e investigadora ha estado asentada y estimulada por el afán explícito de conocer, de jerarquizar, de explicar y de difundir esos valores clásicos que dignifican a los seres humanos que, guiados por unos deseos de autorrealización y de perfeccionamiento, aspiran noblemente a las metas de la armonía, de la justicia, de la paz y de la fraternidad.

Su permanente búsqueda de principios sólidos, su ágil flexibilidad en la aplicación de criterios, su rigor investigador y, sobre todo, su honestidad profesional constituyen unos avales seguros para la comprensión de los lenguajes retóricos y poéticos, y trazan unos caminos convergentes y complementarios para el acercamiento a un modelo noble de ser humano.

Si es cierto que las ideas plasmadas en su rigurosa e interesante obra científica constituyen las pautas que hemos seguido para la elaboración de nuestros trabajos de investigación, también es verdad que ha sido su talla humana, su altura ética, su fino sentido del humor, su optimismo esperanzado, su probada honestidad, su sencillez sin fingimiento y su amabilidad sin ficción los estímulos que, en gran medida, han determinado nuestra andadura por la universidad y por la vida. Entre todos sus valores humanos nos impresionó de manera especial su vitalismo, su entusiasmo y su tenacidad. Todas sus actividades estaban orientadas y alentadas por un impulso irrefrenable encaminado a ahondar sus raíces más íntimas profundizando en sí mismo, a ensanchar los horizontes acercándose a los demás, a alargar el tiempo trabajando intensamente y a elevar la vida desvelando verdades.

Una de las conclusiones a las que llegamos tras el estudio de la amplia producción investigadora de López Eire es que las Ciencias Humanas y, de manera especial, las disciplinas del lenguaje- son inter- y pluridisciplinarias: que la Retórica y la Poética están íntimamente relacionadas con la Psicología¹ y con la Ética, que estas

¹ “Cuando uno realiza un acto de habla, deja entrever su carácter, su *êthos*, y al mismo tiempo expresa y comunica una pasión, una excitación anímica, *páthos*, que, puesto que hablar es hacer, desea hacer efectiva en su oyente. Y esto se da no sólo en el lenguaje, *lógos*, sino también en la música y en la danza, que para los antiguos griegos expresaban y comunicaban, al igual que el lenguaje, *êthos* y *páthos*, y, por consiguiente, también en poesía”. López Eire, (2002a: 22)

cuatro asignaturas constituyen el nudo o el gozne en las que se apoyan la Filosofía, la Lógica, La Pedagogía, la Historia y la Antropología.

La razón de esta interconexión profunda y el fundamento de esta dependencia esencial es la identidad del objeto material -el hombre- y, dicho de una manera más sencilla, la radical unidad del ser y del actuar humanos: del pensamiento, del lenguaje y del comportamiento². Siguiendo sus obras podemos llegar aún más lejos y afirmar que pensar y hablar son maneras eficaces de intervenir en la vida y, por lo tanto, de actuar en el mundo y en la historia, que el pensamiento y el lenguaje son formas humanas de comportamiento eficiente³.

Siguiendo sus reflexiones podemos concluir que, aunque es cierto que, situándonos en la perspectiva de cada una de las ciencias humanas, es posible, legítimo y científico enfocar sólo un determinado aspecto de la naturaleza y de nuestros comportamientos, también es verdad que, a medida en que profundizamos nuestros análisis, encontramos, en primer lugar, que los contenidos fundamentales de la Retórica son psicológicos, que las capas interiores de la mente - o del espíritu - se entrecruzan, y

² “Como hablar es hacer y las palabras se entremezclan con las acciones, parece lógico que allí donde haya representación de una acción (pensemos en la tragedia) haya empleo de pragmáticas estrategias lingüísticas variadas que pueden, naturalmente, aparecer también en el discurso retórico y en el género retórico de la oratoria, que son el objeto de estudio de la Retórica. Y así es. Pues de hecho en la tragedia hay debates (*agônes*) mediante la palabra distribuida entre personajes que discuten y actúan en mutua oposición, pero en los tribunales de justicia y en las asambleas políticas también hay debates (*agônes*) mediante la palabra que se cruzan los defensores y detractores de determinadas cuestiones litigosas y propuestas políticas. Luego la Poética y la Retórica coinciden a la hora de estudiar en la poesía el discurso retórico, respectivamente, su carácter pragmático y político social del lenguaje”. López Eire, 2002a: 24-25)

³ Estas ideas constituyen la base sobre la que apoyamos nuestra Teoría de la Literatura como “experiencia vital”. Entendemos por "experiencia" el conjunto de actividades humanas conscientes o inconscientes, voluntarias o involuntarias, intencionadas o gratuitas que intervienen en la configuración y en el desarrollo de la personalidad, en la concepción de la vida y en la jerarquización de sus valores más importantes. La "experiencia" nutre la personalidad y construye o destruye al ser humano: es la asimilación -la "digestión"- de las impresiones, sensaciones, emociones y valoraciones que nos originan los sucesos anodinos o los acontecimientos importantes que constituyen la biografía humana. Esta adjetivación -"vital"- posee, en nuestra propuesta, un doble y complementario sentido. Con ella pretendemos destacar el carácter esencialmente dinámico, histórico y discursivo de la serie ininterrumpida de acciones y de pasiones que constituyen el fluir de la existencia humana.

Ponemos especial énfasis en la fuerza positiva y creativa que encierran en sus entrañas todas las experiencias, incluso las más negativas, dolorosas y destructivas. No podemos oponer, por lo tanto, literatura y vida ya que constituyen dos ámbitos mutuamente implicados e interdependientes: cada uno de ellos determina y explica la naturaleza y el significado del otro. Los modelos literarios funcionan en la medida en la que definen e interpretan, exteriorizan y objetivan los rasgos profundos más o menos conscientes de los lectores de una determinada sociedad y de un momento históricos. Las obras literarias formulan de manera plástica los valores y los contravalores sociales, las aspiraciones y las frustraciones de las diferentes comunidades y grupos. Pero debemos tener en cuenta que esos modelos literarios no se limitan a repetir miméticamente los grandes mitos inventados por la poesía sino que influyen, en cierta medida, en la configuración de la realidad social entera. Afirmamos que la sociedad no sólo se encuentra impregnada por la creación cultural, sino que ella misma “es” creación cultural.

que sus fundamentos –el núcleo central, el centro de convergencia o la médula- son las convicciones éticas.

López Eire nos ha explicado cómo, en la Antigüedad Clásica se cultivó una concepción de la Retórica basada en los mecanismos psicológicos, e, incluso, ha identificado las raíces psicológicas que explican el poder "taumatúrgico" que sirvió de base para aquella interpretación *psicagógica* tan extendida entre los antiguos griegos.⁴ Es necesario –afirma en reiteradas ocasiones- que analicemos científicamente y que aprovechemos racionalmente ese incomprensible poder del lenguaje humano cuya eficacia determinó que las culturas primitivas le atribuyeran unos orígenes y unos caracteres sobrenaturales.⁵ Desde esta perspectiva psicológica podemos releer el importante papel que asignan todas las grandes religiones a la doctrina del Verbo divino en la creación del mundo y en la institución de lo real. Con estas claves debemos reinterpretar los diversos mitos sobre la creación humana que expresan la idea de que el lenguaje es un don divino, un regalo que el hombre recibe junto a otras facultades como la vista, el oído, etc.⁶

Apoyándonos en las investigaciones actuales, podemos valorar las teorías vertidas en las primeras Retóricas cuyos orígenes están localizados, como es sabido, en la Grecia del siglo V a. J. C. Recordemos cómo concedían a la palabra tanta fuerza por su capacidad de emocionar, que hasta le atribuían efectos mágicos propios de los hechizos y de los encantamientos⁷.

⁴ Esa concepción que –a juzgar por la etimología del vocablo *psicagogía* ("evocación de las almas")- otorgaba al *logos*, a la palabra convertida en conjuro (*epodé*), el poder sobrenatural de la evocación del alma de los muertos. El retruécano puede llegar a constituir una técnica operativa: el juego de palabras constituye un mecanismo capaz de manipular indirectamente a los mismos seres. Esta concepción impone un esmerado respeto en el uso y en el manejo de los nombres y, sobre todo, exige un cuidado escrupuloso para que los nombres de seres y de objetos dignos de amor y de respeto no caigan en el poder de quienes puedan profanarlos. Por esta razón, los dioses están sometidos a la potencia de los que invocan su nombre, y, para evitar un uso desconsiderado, los nombres verdaderos, salvaguardados por los ritos y misterios de iniciación, quedarán reservados para las operaciones mágicas y religiosas, y confiados a los especialistas, hechiceros o sacerdotes.

⁵ La palabra es interpretada como propiedad divina con poder de creación. El mundo es producto de la palabra de Dios y el mismo hombre aparece en medio de la naturaleza tras la llamada -vocación- divina. La palabra humana es gracia, regalo gratuito de Dios, y posee valores mágicos y religiosos con capacidad de dar nombre a los demás seres y demostrar con un gesto dominador su puesto central en la creación.

⁶ Estas afirmaciones sobre el origen del lenguaje no contradicen su origen natural. Todo lo natural del hombre era considerado un regalo de Dios. Sin embargo, es precisamente el lenguaje la facultad humana que con mayor persistencia y vehemencia ha sido defendida como gracia directa de Dios.

⁷ Recordemos cómo explicaban y aplicaban los conjuros inductores de placer y ahuyentadores de penas, similares a los ensalmos de los encantadores y cómo pretendían sanar con ellos a los enfermos, cómo se aprovechaban de la fuerza emocional de los seres humanos para mover y conmover a los oyentes. A la palabra retóricamente empleada se le adjudicaba fuerza *psicagógica*, o sea "arrastradora de almas". Entre los primitivos, la significación del nombre es expresión de la naturaleza íntima del ser nombrado. El vocablo no es como una etiqueta más o menos arbitrariamente añadida a la cosa, sino que revela su

Es más, en sus orígenes, se concibe a la Oratoria como una capacidad, como un arte pragmático y a la Retórica como una disciplina fundamentalmente transformadora - *psicagógica*- porque, ya según el sofista Gorgias de Leontino (siglo V a. J. C.)⁸, enseña a componer discursos que, como drogas del alma, suscitan en los oyentes emociones, cautivan, embelesan y roban la voluntad de los oyentes por medio del sentimiento y del placer⁹. El poder de la palabra -como todo poder- es, efectivamente, ambivalente, posee valores contrapuestos: puede construir y destruir, salvar y condenar, defender y ofender, curar y matar; es una herramienta eficaz y un arma peligrosa.¹⁰

La Ética y la Estética, la Lógica y la Epistemología, la Semiótica y la Lingüística, la Retórica y la Poética, la Antropología y la Historia, etc., sin confundirse, nos revelan - o pretenden revelarnos - el misterio de la complejidad de nuestro espíritu y de nuestros comportamientos. Ésta es la razón profunda por la que López Eire afirma que un estudio riguroso y práctico de los discursos oratorios debe apoyarse en la información que nos ofrecen las diferentes Ciencias Humanas.

constitución esencial. Esta convicción está en el fundamento de prácticas curanderas que emplean plantas cuyos nombres manifiestan cierta relación o analogía con los órganos corporales que se pretenden sanar. (López Eire, 1995: 20-21)

⁸El análisis científico de las emociones proporciona, incluso, nuevas claves para identificar, para calibrar y para evitar las tentaciones a las que puede sucumbir el persuasor forzando al persuadido, mediante el arma mágicamente compulsiva de la elocuencia, a una conducta determinada.

⁹De esta manera, el *discurso retórico*, aprovechando las potencialidades emotivas de la palabra, se comportaría como un soberano despótico capaz de llevar a cabo divinisimas obras con un cuerpo pequeñísimo y del todo insignificante. Recordemos, a este respecto, cómo para Gorgias, la Retórica, arrastra el viejo lastre del "mágico poder de la palabra", y cómo su orientación fundamental es hasta tal punto psicológica, que define el contenido lógico del discurso y su efecto estético como el mero soporte y como la simple manifestación de su atractivo emocional.

El *discurso retórico*, según este sofista de Leontinos, posee el mismo poder de arrastre de almas que la *poesía*; ésta, en su opinión, se diferencia sólo por su *sometimiento a metro*, al ritmo y a la melodía, es decir, a una especial recurrencia externa basada en la secuencia de sílabas breves y largas. Pero, según Gorgias, la poesía es tan *psicagógica*, tan cautivadora de los espíritus, tan emocional como el *discurso retórico* cuya finalidad es la persuasión mediante la seducción. (*Ibidem*)

¹⁰Por eso Platón, tras proponer en el *Fedro* por boca de Sócrates, un modelo retórico de contenido *psicagógico* en el que describe los diferentes tipos temperamentales y sus respectivas formas de discurso, muestra su preocupación, su desconfianza y, finalmente, su rechazo de una Retórica *psicagógica* que ofrece unas fórmulas que pueden servir de *medicina* o de *veneno*, que pueden *curar* (Platón sabía que los primitivos médicos curaban las enfermedades y aplacaban los dolores con *ensalmos*), como hacen los médicos con las beneficiosas pócimas que recetan al enfermo, o, por el contrario, pueden dañar halagando, como los cocineros que aderezan viandas insanas con el único propósito de complacer momentáneamente los paladares de quienes las degustan, aunque ese deleite instantáneo más tarde les redunde en detrimento de la salud. (*Ibidem*)

Guiado por las ideas de Platón, Isócrates y de Cicerón¹¹, Antonio López Eire afirma que la esencia de la Retórica -y de todas las ciencias humanas-, todavía más que lingüística y psicológica, es ética¹². Su reflexión se basa en la concepción del ser humano como sujeto de la experiencia moral, como ser que desea la felicidad y está abierto al bien, pero, a la vez, como sujeto que no posee originariamente un conocimiento completo de la ciencia del bien y del mal (*cf.* Lledó, 1985). Su objetivo de persuadir a los oyentes, mediante los procedimientos sensoriales, racionales, estéticos y emotivos, adquiere su fuerza fundamental por la credibilidad que inspira el orador: por su integridad, por su coherencia y por su ejemplaridad. En última instancia, aceptamos las propuestas de un orador, más que por la fuerza argumentativa de sus reflexiones o por la intensidad sentimental de sus imágenes, por la seguridad que nos proporcionan sus comportamientos sinceros, honrados y dignos, por la convicción íntima que nos transmite de que, aunque se equivoque, no nos engaña. Toda educación es, en último término, formación de la conciencia moral. Camps (1988: 82)

Como resumen y conclusión podemos afirmar que el fundamento último de la base ética del discurso retórico es el terreno común sobre el que se asientan los tres pilares básicos de la comunicación oratoria: la importancia primordial de la verdad, la dignidad suprema de la persona y la ineludible exigencia de promoción del bien común. Estos principios aportan modelos de vida moral, de vida feliz -la *eudamónia* aristotélica- que, a lo largo de toda nuestra tradición occidental, han inspirado los tratados y manuales de Ética (Hernández Guerrero y García Tejera, 1994).

¹¹ “La Retórica precedente, en particular la Retórica del siglo IV a. C., había hecho suya la idea de que las producciones retóricas reflejan necesariamente el alma del productor, del autor de los discursos retóricos, en especial su configuración psicológico-ética. Platón, por ejemplo, proponía en el *Fedro* una Retórica filosófica ideal en la que los conocimientos de Psicagogía o de la ciencias de las almas (hoy diríamos Psicología) se conjugasen y entremezclasen con la Dialéctica y con la Ética del “Discurso Verdadero”, un discurso válido e irrefutable en Lógica, Ética, Física y Metafísica. E Isócrates en su escuela proporcionaba a sus estudiantes una educación o *paideia* en la que los elementos formales retóricos no se apartaban un ápice de los formativos elementos éticos de los contenidos, ni la figura de buen orador se separaba en absoluto de la del ciudadano ético. Y asimismo Cicerón aspiraba a fundar una Retórica en la Filosofía, entendida fundamentalmente como ética. López Eire (2002: 158).

¹² “Hay que admitir que el lenguaje, por ser retórico, debemos usar con todas las consecuencias e implicándonos al máximo con él, es decir, no abandonando ninguna de sus estrategias retóricas por falaces que nos parezcan, si bien –eso sí- empleándolas en todo momento en defensa de la verdad (la verdad individual o político-social) y de las mejores opciones o sea, siempre éticamente, y eso por dos razones, a saber:

La primera –nos alecciona una vez más, Aristóteles-, porque el orador nunca debe persuadir de lo malo, ya que la Retórica debe estar sometida a la Ética y a la Política (Aristóteles, *Retórica*.1355^a31)

La segunda –y en esta razón se percibe la indeleble huella de la doctrina ética de Platón en el Estagirita- porque “la verdad y la justicia son más fuertes que sus contrarios” (Aristóteles, *Retórica*, 1355^a21) y porque, “por decirlo de una manera simple, lo verdadero y lo mejor por naturaleza son más aptos para convertirse en silogismos y más persuasivo que sus contrarios” (Aristóteles, *Retórica*,1355^a37). *Cf.* López Eire (2005: 231).

López Eire advierte que todos somos hijos de tradiciones humanas básicas fundamentales que determinan o, al menos, condicionan nuestras actitudes ante la vida, nuestros comportamientos con los demás y, en general, nuestras valoraciones éticas. (López Eire, 2001). En este supuesto apoya su afirmación de que las vivencias personales no pueden abstraerse de los hábitos y de las pautas tradicionales en los que, nos guste o no, cada persona está inscrita y que configuran nuestro ser e, inevitablemente, nuestras estimaciones y nuestros juicios morales. Hemos de tener claro que el patrimonio cultural es un legado que no sólo incluye una serie de conocimientos teóricos, sino, además, un saber práctico asumido y aprendido.

Según Quintiliano no es sólo deseable, sino también posible, intentar alcanzar las cualidades morales que, genéricamente, puede denominarse como “bondad” en todos los ámbitos de la vida y, entre ellos, en el ejercicio de la oratoria y de la política tan estrechamente emparejada con ella [...]. Quintiliano no renuncia en ningún momento a la figura del orador ideal que preside todo el armazón de la *Institutio* que es, sobre todo, la formulación de un ideal humano -el del orador perfecto- y la descripción detallada de la trayectoria que ha de seguir para alcanzarlo. Por eso él había pretende mostrar necesidad de unir la bondad ética y la eficacia persuasiva: la Retórica es la ciencia de hablar bien y hablar bien implica ser un hombre honesto porque entre la Ética y la palabra hay una total identificación. En consecuencia, el buen político no puede prescindir de la Retórica, concebida no como artificio para manipular las conciencias, para mover los corazones, para provocar adhesiones inquebrantables o para obligar a actuar en una determinada dirección, sino como un recorrido hacia una verdad dialogante, definida en la confrontación de pareceres y en el pensamiento de las diferentes hipótesis. Por eso podemos afirmar que el discurso oratorio ha de orientar y el crecimiento humano y estimular el bienestar social.

La actitud ética, en consecuencia, debe presidir el ejercicio profesional de la oratoria¹³. Sin la responsabilidad ética es imposible su ejercicio; sin ella, el instrumento se convierte en arma y la medicina en veneno. Según Quintiliano, el maestro de

¹³ “Es fundamental, en efecto, desde sus mismos orígenes el carácter formativo, *la dimensión educativa* de la Retórica: la Retórica es para los griegos, que la inventaron, en muy gran medida *paideia*, “educación”. La Retórica antigua fue desde sus orígenes *didáctica y pedagógica*, un sistema pedagógico-y, por consiguiente, *sistemático y normativo*- y terminó convirtiéndose en la disciplina formadora por excelencia, en *Filosofía* (así la considera Isócrates en el siglo IV a. J. C.) y en *cultura general y pedagogía de la perfección*.

Según Quintiliano, que publicó su *Institución Oratoria* el año 95 de nuestra era, la Retórica forma al hombre sabio de verdad, que no sólo es perfecto por sus *costumbres y su moral*, sino que también puede ser tenido por tal en consideración a su *ciencia y su elocuencia*”. López Eire. (1995: 40)

Retórica que no dote a sus alumnos del sentido moral necesario para hacer un buen uso de sus destrezas, estaría causando un perjuicio a la sociedad: “Si el poder de la oratoria se pone al servicio de malas causas, no hay nada que pueda ser más dañino para lo público y lo privado que la elocuencia” (XII, 1,1)

Quintiliano hace suya la fórmula de Catón: “El orador que pretendemos formar ha de ser el mismo que define Catón: “un hombre bueno, experto en el arte de la palabra”. Pero ante todo, debe estar dotado con la cualidad que Catón pone en primer lugar y que, por la propia naturaleza de las cosas, es lo más importante: que sea un hombre bueno. (XII, 1,1) Y concreta aún más: “Y llevo mi opinión más lejos; pues no sólo afirmo que el orador ideal debe ser un hombre bueno, sino que ni siquiera se puede ser un orador si no se es un hombre bueno”. (XII, 1,3)

Las palabras que cierran la *Institutio* formulan la preeminencia de los cimientos éticos sobre la destreza técnica, de la *virtus* sobre el *ars*: “Todas éstas eran, Marcelo Victorio, las reglas y las recomendaciones con las que me pareció que yo podía contribuir al progreso de la enseñanza de la oratoria. Si el conocimiento de estas normas resulta ser de poca utilidad para los estudiantes jóvenes, espero que, al menos, los induzca a lo que para mí es más importante: el deseo de hacer el bien”. (XII, 11, 31) (cf. Pujante, 2003)

La segunda conclusión es aún más evidente: la autoridad moral del orador ha de ser la vía principal de la persuasión. Quintiliano intenta demostrar cómo un orador que no fuera un hombre bueno, un ciudadano íntegro, no sería un orador eficaz: insiste en la idea de que, de una manera o de otra, acabaría aflorando su catadura moral, y ello acarrearía que los oyentes le retiraran de manera inmediata su confianza y no aceptarían sus discursos, por muy razonables que fueran (*ibidem*). Según Quintiliano, Demóstenes o Cicerón pueden ser considerados excelentes oradores porque a su elocuencia retórica les acompaña el poder de su consistencia moral. Los dos fueron persuasivos oradores porque fueron buenos hombres y esa calidad humana se pone de manifiesto en su ciudadanía ejemplar; en consecuencia, el orador responsable ha de reflexionar para identificar y para elegir sobre aquellas opciones de actuación que son coherentes con los valores de la justicia y de la utilidad. (Río Sanz, 1998).

Todas estas reflexiones parten de un principio fundamental que, aunque esté formulado en términos diferentes, constituye uno de los pilares de todas las Ciencias Humanas y que podríamos enunciar de la siguiente manera: el lenguaje es el instrumento de construcción del ser humano y de la sociedad (cf. Hernández Guerrero

(1990). Si lo aplicamos a la Retórica, podremos afirmar que la formación oratoria conforma profundamente el espíritu y transfigura la vida entera del individuo: es la herramienta por el cual la vida adquiere forma y densidad humanas, llega a ser consciente de sí misma y se comunica manifestándose en la palabra. Sin la palabra todo es mudo, carente de recuerdo del pasado, de la luz presente y del plan de futuro. Así es cómo el orador realiza el grado máximo de humanidad. El itinerario trazado por Quintiliano constituye, por lo tanto, un modelo de educación humanística liberal dentro del cual se ubica adecuadamente la función del orador como hombre público y, de manera más concreta, la misión político (cf. Arduini, 1998: 27-40) que han de ser hombres de principios sólidos, de criterios rigurosos y de virtudes acrisoladas (cf. López Eire, 1996).

Estos valores constituyen los pilares sólidos en los que, en última instancia, los oyentes apoyan su confianza y la aceptación de las propuestas. Si el edificio de la teoría retórica y de la práctica oratoria no se asienta en una teoría y en una práctica éticas coherentes, se derrumbará en el momento en el que se descubra la menor contradicción.

Aunque a primera vista recibamos la impresión de que los objetos de la Retórica y de la Ética son dos ámbitos humanos separables, un análisis profundo de los resortes oratorios no pone de manifiesto que sin esta fundamentación axiológica real, sin esta coherencia entre las convicciones y los hábitos morales y los recursos y procedimientos retóricos, los discursos, al menos a medio y a largo plazo, perderán su fuerza persuasiva. El orador que carezca de esta base ética o que no haya asumido de manera visible los principios que han de orientar su conducta como miembro de una determinada colectividad, estará desprovisto del poder necesario para lograr que los oyentes acepten sus propuestas, para que asuman sus teorías y para que, en el ámbito de su disciplina, se identifiquen con su persona¹⁴. Siguiendo a George Steiner podemos repetir que el orador, en sus discursos sobre cualquier asunto humano ha de apoyarse en los presupuestos y en los principios éticos fundamentales como el de justicia, el de no-maleficencia, el de autonomía y el de beneficencia (cf. 2003).

¹⁴Victoria Camps explica con claridad y con precisión la naturaleza de estos principios básicos: “Las distintas teorías de la justicia, desde Platón hasta nuestros días, han tratado de encontrar la articulación más o menos sabia y equilibrada, de las tres variables que reconocemos como valores básicos de una sociedad digna y vivible: la vida, la igualdad y la libertad. Tres valores de significado inagotable. El derecho a la vida ha de significar también a vivirla con dignidad; la igualdad se traduce en una distribución justa de las riquezas que supone la igualdad de oportunidades; la libertad debe darse en sus dos modos, como “libertad de” y “libertad para”. (1988: 107-108)

La labor académica y la obra científica de Antonio López Eire, hombre bruñido, minucioso y detallista, que ha subido todos los peldaños de la escalera intelectual, han prestigiado nuestra Universidad, han enriquecido nuestra sociedad y han incorporado a su historia un valioso legado científico y un rico capital humano. Pero, más allá de su itinerario profesional académico e investigador, su talante nos dicta unas lecciones humanas mucho más profundas y emotivas: la de su solidez moral, la de su modestia personal y la de su capacidad para conjugar la firmeza de sus principios con un espíritu siempre abierto al diálogo y a los nuevos planteamientos. Su obra constituye uno de nuestros más ricos y fecundos patrimonios.

Su ansia apasionada de investigar, su manera vital de hacer ciencia, su forma científica de indagar en la complejidad de la historia, su estilo técnico de reflexionar sobre cuestiones teóricas y su sensibilidad para degustar un buen cuadro ponen de manifiesto que este corredor de fondo, trabajador inagotable, lector voraz, científico riguroso, instintivo observador y humanista de raza, ha sido, sobre todo, un romántico audaz que, empapado de vida, ha difundido ideas, sueños, emociones y sensaciones: que, con su aguda disección de la vida humana, nos ha animado para que pensemos, discutamos, trabajemos, luchemos, demos rienda suelta a la ilusión y para que disfrutemos.

Bibliografía

- Albaladejo, T. (1989) *Retórica*, Madrid.
- Aristóteles, *Retórica*, (1985) Edición del texto con aparato crítico, traducción, prólogo y notas por Antonio Tovar. Madrid.
- Arduini, S. (1998) “La no evidencia de la verdad: Política y Retórica”, en Emilio del Río, José Antonio Caballero y Tomás Albaladejo (eds.), *Quintiliano y la formación del orador político*, Logroño.
- Camps, V. (1988) *Ética Retórica y política*, Madrid.
- Hernández Guerrero, J. A. (1990) “Supuestos epistemológicos de las retóricas y poéticas españolas del siglo XIX, *Investigaciones semióticas*, III, I: (Actas del III Simposio Internacional de la Sociedad Española de Semiótica, 1988), Madrid.
- Hernández Guerrero, J. A. y García Tejera, M. C. (1994) *Historia Breve de la Retórica*, Madrid.
- López Eire, A. (1995) *Actualidad de la Retórica*, Salamanca.
- (1996) *Esencia y objeto de la Retórica*, México.
- (2001) “Retórica y política, en Hernández Guerrero, J. A. (ed.) *Emilio Castelar y su época, Ideología, Retórica y Poética*, Cádiz.
- (2002 a), *Poéticas y Retóricas griegas*, Madrid.
- (2002 b), “Enseñanza y Comunicación”, en *Logo. Revista de Retórica y Teoría de la Comunicación*, nº 3: 65-102, Salamanca.
- (2005) *La naturaleza retórica del lenguaje*, Salamanca.
- Lledó, E. (1985), “Introducción a las éticas”, en Aristóteles, *Ética nicomáquea, Ética Eudemia*, Madrid.
- Pujante, D. (2003), *Manual de Retórica*, Madrid.
- Quintiliano, M. F. (1970), *Institutionis Oratoriae Libri Duodecim*, 2 vols. Edición de M. Winterbottom, Nueva Cork, Oxford University Press. Puede consultarse también la traducción español de A. Ortega Carmona, Salamanca 1997-2001.
- Río Sanz del E., (1998) “La *Institutio oratoria* como manual del buen político”, en Emilio del Río, José Antonio Caballero y Tomás Albaladejo (eds.) 1998, *Quintiliano y la formación del orador político*, Logroño.
- George Staigner, G. (2003), *Lenguaje y silencio*, Barcelona.